

JORGE MARTINEZ SANTAMARIA

Jorge Martínez Santamaría fue el mayor de los hijos varones del doctor Carlos Martínez Silva, publicista eminente, considerado como el mejor escritor político de su tiempo, y de su esposa doña Elena Santamaría de Martínez. Sus primeros estudios los hizo Martínez Santamaría en Bogotá, su ciudad natal y, concluidos éstos y los de segunda enseñanza, complementados con sabias lecciones recibidas en el hogar sobre historia, idiomas y otras materias, decidió ingresar a la Universidad, en la Escuela de Medicina, apartándose así de una tradición familiar, pues sus mayores habían sobresalido en el campo del derecho, como escritores y periodistas o como políticos de renombre. Posiblemente, además de vocación profesional influyó en su decisión para seguir determinados estudios universitarios, los desengaños de su padre en el abnegado servicio a la República como político en el verdadero sentido del vocablo.

No había aun terminado Martínez Santamaría sus estudios de segunda enseñanza, cuando estalló la guerra civil, llamada de los mil días, en 1899. Circunstancias diversas lo alejaron transitoriamente de las aulas. Para evitar alistarse en los ejércitos conservadores que se enfrentaban a la revolución liberal, en momentos de indudable confusión producida por la decisión del Directorio Conservador inspirado en las tesis de los llamados conservadores históricos, de no apoyar al Gobierno que había venido combatiendo, tesis contrarias a los nacionalistas que lo apoyaban, se incorporó al grupo de los ciudadanos de uno y otro partido que intentaron fundar en Colombia la Cruz Roja.

Pasada la tormenta revolucionaria, que arruinó a la nación y que tuvo consecuencias que no es el caso anotar en estos breves apuntes, reanudó Martínez Santamaría sus interrumpidos estudios hasta concluir los secundarios con brillo indiscutible e ingresar a la Escuela de Medicina de la Universidad Nacional.

En los claustros universitarios se distinguió Martínez Santamaría por su exagerada modestia, la bondad inalterable de su carácter y su consagración al estudio, condiciones que le granjearon la estimación y el cariño de sus amigos y discípulos, que lo llamaban afectuosamente el *Cucarrón Martínez*.

Su primer triunfo en el campo de la ciencia lo obtuvo con su trabajo titulado "Contribución al estudio de la anemia tropical". Fue el resultado de detenida investigación realizada en la zona de Muzo, los Llanos Orientales y en otros lugares en donde la anemia anulaba prácticamente al elemento humano. Posteriormente el Profesor Roberto Franco, siguiendo el camino abierto

por Martínez Santamaría, avanzó en el estudio del flagelo con resultados satisfactorios bien conocidos. Pero a Jorge Martínez se debe, gracias a sus laboriosos trabajos científicos, la verificación que consta en su obra citada, de que la uncinariasis se propaga en las materias fecales de los uncinariásicos, que contienen miles de huevos del parásito intestinal, observación que lo condujo al estudio de la profilaxis y tratamiento de la enfermedad y a poner de relieve, como lo observó el Profesor Rueda, la necesidad de que el Gobierno preste atención preferente al cuidado de la salud del pueblo. Después de sus estudios sobre la uncinariasis y de haber publicado en asocio de los profesores Roberto Franco y Toro Villa un detenido estudio sobre la fiebre amarilla, en 1910, Martínez Santamaría, que desde los claustros universitarios se había apasionado por la bacteriología estudiando e investigando en los laboratorios de la Facultad de Medicina y después de haber obtenido notables distinciones por oposición en certámenes científicos, decidió viajar a Europa y a los Estados Unidos para especializarse, con la idea de servir a Colombia. Pensaba en la posibilidad de fundar en Bogotá el primer Laboratorio Científico para preparar vacunas, sueros y hacer análisis. El proyecto era atrevido no solo en sí mismo sino por carecer de recursos suficientes para convertirlo en realidad.

Las viejas y estrechas relaciones de los Martínez Silva con la familia Samper le solucionaron el problema. Don Antonio Samper se constituyó en mecenas de Martínez Santamaría, porque conocía, quizás mejor que nadie, sus condiciones excepcionales, su consagración al estudio, su patriotismo y su vehemente deseo de ser útil a la sociedad y, en general, a la patria. Además, Martínez Santamaría antes de ausentarse de Colombia contrajo matrimonio con doña Ana Samper Sordo, hija de don Antonio y hermana de Bernardo Samper Sordo, médico distinguido, quien decidió acompañar a su cuñado en sus estudios de especialización y en el proyecto de fundar un Laboratorio científico en Bogotá.

Primero en Londres se consagró con pasión a sus estudios y después se trasladó a Boston, en Estados Unidos, no sin antes haberse detenido en varios centros científicos de París y de otras ciudades europeas. Durante su permanencia en Inglaterra publicó interesantes estudios científicos en revistas especializadas de Londres, que fueron comentados elogiosamente. En el Lister Institute, en el Royal Institute of Public Health, en The London School of Tropical Medicine, en Saint Mary Hospital Baccine Laboratory y en otras entidades

de renombre, realizó estudios sobre medicina general y principalmente sobre bacteriología.

Después de varios años de preparación regresó a Colombia y, asociado con el doctor Bernardo Samper, cuya memoria debe salvarse del olvido, fundó el LABORATORIO DE HIGIENE SAMPER MARTINEZ, que adquirió posteriormente el Gobierno Nacional.

Día tras día trabajaba Martínez Santamaría en su Laboratorio, y como resultado de su tesonera labor, venciendo toda clase de dificultades y luchando contra un medio hostil, preparaba vacunas contra el tifo, la rabia, el carbón, terrible flagelo que dieztaba la riqueza ganadera del país, la difteria, la viruela, y multitud de sueros, todo lo cual, realizado por primera vez en Colombia, representó un adelanto industrial y científico que honra la memoria de los abnegados fundadores del LABORATORIO SAMPER MARTINEZ, que hoy goza de merecido prestigio.

En su campaña contra el tifo, Martínez Santamaría demostró que las aguas del acueducto municipal propagaban la enfermedad y lo demostró exhibiendo fragmentos de la tubería de distribución y clamando por el

establecimiento de las plantas de purificación. Sus esfuerzos no fueron inútiles y gracias a ellos se adelantó una campaña sanitaria, hoy día generalizada.

Otro trabajo importante de Martínez Santamaría, que mereció el Premio Forero, presentado al Congreso Médico de Cartagena, fue el relativo a la defensa de la población colombiana. En ese entonces se planteaba la tesis infundada de la degeneración de nuestra raza, inclusive con fines políticos conocidos.

La Providencia en sus designios permitió que el bacilo de la difteria, cuyo virus Martínez Santamaría tenía aprisionado en su Laboratorio, vencido y obligado a convertirse gracias a la vacuna en principio de salud y de vida y no de muerte, fuera el encargado de cortar los días de la existencia del sabio bacteriólogo, consagrado a arrancar de la muerte a miles de sus compatriotas. Víctima de la enfermedad murió Jorge Martínez Santamaría el 11 de septiembre de 1922, en la ciudad de Bogotá. Por una ironía no hubo en el Laboratorio la medicina salvadora en el momento oportuno porque había sido despachada toda la existencia a otros lugares del país.

LUIS MARTINEZ DELGADO